



# El matrimonio, su éxito ó fracaso

Estamos en el undécimo año de este siglo y no voy á discurrir sobre la brevedad del tiempo, sino de la manera cómo hacer la vida más agradable durante los años que permanecemos en este mundo.

Trataré con sencillez y franqueza sobre la vida del matrimonio, de su éxito ó fracaso.

Pienso dirigirme á los esposos y esposas, al hombre de quien depende tanto la felicidad del hogar como de su esposa á quien él ama y respeta. Sin embargo tantas veces descuida de su bienestar.

Hago esta explicación porque, aún cuando la formación de un hogar depende de dos, es la esposa la que con su supervigilancia y esmero proporciona las comodidades y hace el agrado de su casa.

Empezaré por dirigirme á los esposos.

Amigo mío, no orriesgue su felicidad por descuidar las pequeñas atenciones á su esposa que acostumbraba ofrecerle con frecuencia antes de su matrimonio.

He conocido á muchos hombres que habrían dado su vida por sus esposas si fuera necesario, sin embargo olvidaban constantemente todas las reglas de cortesía. Sus maneras han sido tan desatentas que más de una de ellas, herida en su orgullo se preguntaba en el interior de su corazón: ¿qué se había hecho el amor de su esposo? No hay mujer alguna que pueda tolerar, sin sufrir, la menor descortesía de su marido en presencia de extraños. Esta regla no tiene excepción. Si la comida es buena y la mesa está linda, hágale un cumplido á su esposa y por el contrario si otro día la cocinera ha hechado á perder la comida, desentiéndase, pues puede estar seguro que la molestia es mayor para la señora.

La felicidad depende en parte de pequeñeces; así es que no hay que descuidar en ningún sentido la sensibilidad y delicadeza de la esposa. Desgraciadamente son muy numerosos los hombres que ignoran hasta demasiado tarde, que la felicidad de la mujer depende más de pequeñas cosas que parecen nimiedades, que

de grandes actos de devoción que ocurren rara vez en la vida.

Consejos á las esposas:

Un señor Chesterton en un libro recién publicado observa que la felicidad suprema del matrimonio no empieza hasta después de la luna de miel.

Hablemos en confianza con la esposa, quien después de pasada la pompa y el lujo de la ceremonia se prepara para pasar una vida de dulzura y felicidad.

Ahora que usted posee la dignidad de esposa, mi primer consejo es, que ya que es esposa no abandone, ni olvide la preciosa reserva que fué suya cuando era doncella, que no se permita aparecer como greda común después de haber sido siempre porcelana fina; no deje de dar á su esposo la misma recepción cortez y graciosa bienvenida con que recibía al amante. No descuide su persona; ponga esmero en el peinado y toilette. En sus chiftones y zapatos, acostúmbrese á arreglarse con esmero, como un deber de conciencia. No quejarse jamás á extraños. No tener confidencias con nadie, si su Juan la ofende. Si es que tiene agravios no los confíe, ni á madre, ni á tía, ni á su amiga más querida. Su hogar debe de ser un santuario inviolable, y tenga presente que es profanar ese santuario quejarse ante cualquier extraño de los defectos de su esposo ó cualquier sufrimiento que él la ocasiona.

Bien sé que eso es muy difícil, pero también sé que desde el momento que una esposa se permite quejarse de su marido á extraños, ella echa por tierra un baluarte inexpugnable y abre camino para que entre todas clases de sinsabores al campo del hogar. Tampoco hay que ser demasiado sumisa y sin espíritu, ni sufrir en silencio, de modo que el buen esposo se convierta inconscientemente en un tirano doméstico; pues la consecuencia de un marido déspota y una esposa demasiado humilde, es la muerte del amor conyugal.

Sea como fuere, no regañes ni andes con murria. No se descuide si su marido llega atrasado á la hora de comer, ni se oponga si trae un amigo á comer de improviso; en ese caso recíbalo con el mayor agrado; disimulando las faltas que pueden haber, pero sin excusas ni turbación.

Trate que el esposo le dé una suma fija para el gasto de la casa y ponga todo esmero en no contraer deudas.

Manifiestar agrado con los regalos.

No hay que regañar á Juan cuando la lleve cajas de bombones ó flores; al contrario, se deben recibir los regalos con expresiones de agrado. Muchas esposas por motivos de economías reprimen en los maridos el gusto de llegar con regalitos, pero casi siempre es un error; economice en cualquiera otra cosa, pero menos en tener los regalos de Juan para usted.

No hay que preocuparse demasiado de los niños, que puede resultar en descuidar al esposo. Los niños necesitan de sus cuidados, pero Juan también necesita de usted.

Si desea que su esposo ame á su madre y padre de usted, cuídese, señora mía, de recibir siempre con cariño y agrado á la familia y parientes de él.

Hay que tener presente que el hogar es más que un abrigo, más que un museo, ó un almacén de muebles y trajes lujosos, es el depositario de goces ó penas, es el refugio para la familia lejos del mundo indiferente.

Dos personas se han elegido para compañeros de la vida, y ambos han formado un hogar. Ahora, repito á ambos, si desean felicidad completa en esta tan estrecha y sagrada unión, eviten la primera querrela, pues si no hay nunca un primer disgusto, tampoco habrá un segundo. Si hubiere un desagrado, jamás guardar resentimiento, pues la vida es demasiado incierta y aún para los más felices no faltan dolores imprevistos para que los esposos se separen encolerizados. En el matrimonio debe haber siempre indulgencia y perdón.

Espero que mis lectores tengan paciencia y den oído á estos consejos que son inspirados únicamente en mis buenos deseos, para la felicidad de muchos y evitar lo que he presenciado en matrimonios cuya felicidad he visto naufragar por pequeñeces que aconsejo evitar.



Ya no hay rincón seguro